


ALMANAQUE • IRIS

1901

A decorative border in Art Nouveau style surrounds the central text. It features stylized flowers, leaves, and a small figure of a person at the top left. The border is composed of various organic and geometric shapes.

AL SIGLO XX

¡Siglo nuevo, salud! Al contemplarte,
siento que se estremece el alma mía,
y anhela mi exaltada fantasía
de tus hondos arcaños despojarte.

¡Si me fuera posible interrogarte!
¿Será si gozaremos algún día
los mortales, virtud, paz y alegría,
regidos por la Ciencia y por el Arte!

¡A tu presencia, mi valor sobra!
Quiero saber lo que el futuro encierra,
y me estremezco al comprender tal obra.

¡Tu enigma descifrar, Siglo, me aterra!
¡Ay, de la Humanidad, si no recobra
su imperio la Razón, sobre la Guerra!

LOIS FALCAYO

EL FRACASO



I
LLA por la época que en la gerga del teatro se llama *de trusa*, vivía en Sevilla un tal D. Fernando de Quiñones, caballero del hábito de Calatrava sin hábito alguno de caballerosidad, á juzgar por lo que sigue.

Este D. Fernando, en sus mocedades, había seducido y abandonado á una

principal doncella que casó, algunos años después, con un alcalde de la ciudad, ignorando éste que tomaba esposa de lance y que si ella era principal, él era segundo... con entresuelo, como luego se

verá. Pero Dios, que sabe castigar sin palo ni piedra, aplicó á Quiroga la pena de Talión, haciéndole contraer matrimonio con otra dama que no tenía que envidiar á la primera ni la seducción ni el abandono.

Los deslices femeninos que quedan sucintamente referidos, dieron origen á uno de los mayores embrollos de *tres si glos ha* (como diría el amigo Chaves), digno argumento de drama romántico, de *ha cuatro lustros* que quisiera poder reproducir aquí sin añadir redondilla ni quitar ripo.

La hazafia amorosa de Quiñones, la primera, había dado por fruto un niño, á quien crearon mercenariamente y que llegó á la mayor edad sin sospechar quienes fuesen sus progenitores (Este era el *entresuelo* del alcalde). El otro deslíz no dió fruto, sino fruta: una niña que D. Fernando creía suya y legítima.

Sucedió lo que era *natural* en la época; Félix, el hijo desconocido, y Violante, la hija putativa de Quiñones, se vieron y se amaron, que en aquel siglo era Cupido mucho más listo que ahora, y le

bastaba cruzar los fuegos de dos miradas para encender la llama amorosa en el corazón respectivo de los miradores.

Cuando supo el padre la que le tramaban, puso el grito en el cielo; no podía él consentir que Violante, una Quiñones, pusiera los ojos en objeto tan ruin, en un aventurero sin fortuna y sin apellido, dejado de la mano de Dios y de las manos de sus padres.

D. Fernando decidió esgrimir la mortífera ausencia contra aquella pasión naciente y, al efecto, dispuso llevarse la doncella á la corte; pero, ¡bonitos eran los tiempos y el mancebo para que Quiñones realizara en paz sus propósitos! En cuanto supo Félix que le escamoteaban la novia, salió de Sevilla en su seguimiento y, casi pisándoles los talones, llegó al mesón donde Quiñones y los suyos se detuvieron á hacer noche. Lo que allí

ocurrió merece capítulo aparte.

II

Estamos en la cocina del mesón, en el momento de la entrada de Quiñones y Violante seguidos



por el escudero Martín. La doncella parece un cadáver galvanizado; con la cabeza apoyada, como en el respaldo de una butaca, en el acartonado cuello de su justillo y el rostro cubierto con un antifaz negro, pasa cual si la llevasen á empujones, barriendo el

polvo con la cola de su vestido y baciendo ondear las luengas sobremangas al estrujarse el pecho con las manos para exprimir los suspiros, como si fuesen jugo de limón.

Quifones se detiene un momento para hablar con el mesonero de cosas de poca sustancia, es decir, de las viandas que hay que disponer para la cena.

Maese Dimas (un mesonero del siglo XVI debe llevar nombre de ladrón) está contando los escudos que le ha dado D. Fernando, cuando entra Félix, embozado hasta las pestañas en una capa, parecida á la muleta de Mazzantini, y mirando á todos lados, sucesivamente, como es natural.

Sigue una escena rápida.

El doncel sabe por Dimas, que es, *casualmente*, el mercenario que lo ha criado, el secreto de su existencia.

Su desesperación desbórdase en imprecaciones metereológicas: ¡Rayos y centellas! ¡Su hermano! ¡Truenos!... A toda costa necesita él una entrevista con Violante... Por Martín, desleal á fuer de buen escudero, sabe luego la enamorada pareja que el padre de Violante no es su padre, aunque lo es de Félix, y que la madre de éste nada tiene que ver con la madre de aquélla, por más que sí que tuvo que ver con su padre, que no lo era, y que éste también tenía relación con la madre de él, que no era madre de ella; en resumen: ella no era Quifones á pesar de llamarse Quifones, y él era Quifones, á pesar de no llamarse Quifones.

Aclarada de este modo la respectiva condición de los jóvenes, convienen éstos, en connivencia con Dimas y Martín, en fugarse aquella misma noche, prometiendo el escudero advertir al galán, por medio de un silbido, si algún contratiempo hacía fracasar el plan concertado.

III

Está oscuro y huele á queso. Quiero decir que ha menguado mucho la luz y que no se ve ni una rata en el patio del mesón. con tapia al fon-lo.

Suenan, pausadamente, doce campanadas. Abrese una ventana y cae de ella una cuerda, que queda sujeta arriba por un extremo. Un instante después aparece Félix á horcajadas sobre la tapia, mirando frente á sí con cierta inquietud; cree haber oído una tosecilla de mal agüero. No obstante, salta al patio y se dirige hacia la cuerda, moviendo los brazos como si tratara de nadar en el aire.

Entonces oyense toses en diferentes sitios cual si se contestasen unas á otras; la cosa empieza á ponerse fea; pero el galán no se arredra y, aunque un poco abroncado, sigue adelante.

—«¡Animo y que Dios me proteja!»—exclama cogiendo á la cuerda con una mano.

En el mismo instante, rasga el aire un silbido estridente.

¿Será la señal de Martín, indicando el fracaso de la aventura?

La gran sala del teatro está rebosante de público. En las butacas agitanse los espectadores como un oleaje negro y doscientos bastones golpean á compás, en repiqueteo *molto vivace*, sobre el entarimado. De las galerías baja un ruido discordante de silbidos, imprecaciones y burlas. Las señoras ríen alegremente y más de veinte gemelos enfocan desde los palcos al cómico encargado del papel de Félix. El desdichado comprende, al fin, que está haciendo un mal papel. Intenta decir algunos versos más.

Su voz naufraga en las encrespadas vibraciones de la grita y, al mismo tiempo, entre bastidores, el autor del drama cae medio desmayado en los brazos del barba, rompiendo en sollozos sobre el jubón auchillado que ha convertido á aquél en D. Fernando de Quifones.

NICOLÁS DE LEYVA





ENERO

1 M. t. Ciro, Señor
2 M. S. Isidoro, ob.
3 J. S. Daniel, mr.
4 V. S. Aquilino, mr.
5 S. S. Teodoro, p.
6 D. t. Rosa, Reyes
7 L. S. Raimundo
8 M. S. Teófilo, disc.
9 M. S. Marcelino
10 J. S. Gonzalo, cfr.
11 V. S. Eugenio, p.
12 N. S. Alfredo
13 D. S. Guernardo
14 L. S. Hilario, erm.
15 M. S. Pablo, erm.
16 M. S. Marcelo
17 J. S. Antonio, ob.
18 V. Sta. Prisca
19 S. S. Casulo
20 D. S. Sebastián, mr.
21 L. S. Fructuoso
22 M. S. Vicente, Esp.
23 M. S. Ildefonso
24 J. S. Timoteo, ob.
25 V. Sta. Erieva, vg.
26 S. Sta. Paula, vda.
27 D. La Sarda, Pmis.
28 L. S. Julio
29 M. S. Frae, de sales
30 M. Sta. Martina
31 J. S. Pedro Nolasco

FEBRERO

1 V. S. Ignacio, ob.
2 S. t. Purificación
3 D. S. Blas, ob. y mr.
4 L. S. Andrés, Corsio
5 M. Sta. Agueda, vg.
6 M. Sta. Dorotea, mr.
7 J. S. Ricardo
8 V. S. Juan de Mata
9 S. Sta. Apolonia, vg.
10 D. S. Guillermo, er.
11 L. S. Saturnino
12 M. Sta. Eulalia, vg.
13 M. S. Benigno, mr.
14 J. S. Valentin, mr.
15 V. S. Faustino, mr.
16 S. S. Onésimo
17 D. Quirce, S. Rómulo
18 L. S. Simeón
19 M. S. Corrado
20 M. C. Sta. Irene
21 J. S. Verola
22 V. Sta. Eleonor, mr.
23 S. Sta. Margarita
24 D. S. Matías, sp.
25 L. Sta. Ercos
26 M. N. S. la Guadalupe
27 M. S. Baldobero
28 J. S. Macario

MARZO

1 V. S. Rosendo
2 S. S. Simplicio, cfr.
3 D. S. Emeterio, mr.
4 L. S. Casimiro, rey.
5 M. S. Cugenio, mr.
6 M. S. Olegario, ob.
7 J. S. San. Tomás de A.
8 V. S. Juan de Dios
9 S. S. Paciano, ob.
10 D. S. Melitón, mr.
11 L. S. Eulogio, phru.
12 M. S. Gregorio, p.
13 M. S. Ramiro, mr.
14 J. Sta. Matilde, rna.
15 V. Sta. Matrona, vg.
16 S. S. Heriberto, ob.
17 D. S. Patricio, ob.
18 L. S. Gabriel
19 M. t. S. José
20 M. St. Eufemia
21 J. S. Benito
22 V. S. Desgracias
23 S. S. Fidel, mr.
24 D. Paula S. Agapito
25 L. t. Anunci. Gios
26 M. S. Gálorio, ob.
27 M. S. Ruperto, ob.
28 J. S. Sixto III, r.
29 V. Dolores de N. S.
30 S. S. Juan Climaco
31 D. Rosa S. Amadco



INVIERNO

¡Adiós, campestres verdores,
y sonrientes mañanas,
cantos de los raiaseñores,
crepúsculos de oro y granas
campos horiados de flores!

Otra vez, cual triste enseña
vemos los árboles secos
que van á trocarse en leña
y de la torre en los huecos
el pido de la cigüeña.

¡Otro invierno! Y ya más breve
el plazo, y cada vez más
que á mundo mejor nos lleve
y allá en las cumbres, la nieve
que no se fande jamás!

Brinda amor y grata vida
la primavera florida
y del campo la riqueza
con que á gozar nos convida
la feraz naturaleza.

Y cuando, ilusos, creemos
que tanto encanto ha de ser
eterno, cual lo queremos
al triste invierno volcemos
que nos manda envejecer.

Cortos días, largas horas,
mudos los dulces cantares
de las aves trinatoras;
las canas abrumadoras
dándonos mudos pesares...

¡Oh invierno! En tu desnudez
aprende el alma otra vez
que eres su triste reflejo...
¡Como tú, sombrío y viejo,
lloro, al verte, mi vejez!

RODRIGO BLASCO



El huero de Pio Paz no iba muy bien de ropa; el chaquet, azul cuando Dios quería, pardeaba escandalosamente: los pantalones traíalos por la boca con uñas flecos que colgadura de iglesia; las botas reianselce los tanta gana que dejaban al descubierto los corcusidos de los calcetines; el sombrero podría figurar por su facha y por su fecha en cualquier museo arqueológico; gastaba por corbata un cintajo de seda azul.

Comprenderéis por esto que Pio Paz no era ningún potentado; ganaba doce duros al mes por emborronar papel sellado en casa de un escribano, guardiñas de las cuales el señor nos libre, amén.

Y no obstante lo misero del empleo y lo miserable de su existencia, Pio Paz podría servir de arquetipo de la humana ventura.

Si; no te sonrias desdeshoso, lector de mis afanes; la felicidad la llevamos nosotros; es axiomático; no te empuñes en conquistarla; empieza por conquistarte á ti mismo y serás todo lo venturoso que quieras.

Pio Paz vivía solo en el mundo, en un sotabanco tan alegre y risueño como son todas las viviendas que se asoman al cielo; la habitación era pequeña; una salita con una ventana abierta á un tejado, un dormitorio y una cocina; en la sala, Pio Paz se sintió artista á su modo, cubrió las paredes con grabados que reproducían las obras maestras de la pintura y embelleció los rincones con copias en yeso de las más celebradas estatuas.

En aquel tabuquito, el hombre, que ya frisaba en los cuarenta, sentíase feliz, y no trocaría su vieja butaca de reps por un trono de damasco; en la oficina, le contrariaba el macanónico farrago legal que, en letra muy grande, veíase precisado á estampar merced al rebullir de vicios, pasiones y lacerias que originaban aquellos mamotretos de papel sellado; en la calle, sentíase anonadado é infinitamente pequeño al compararse con las grandezas que veían sus ojos; en casa, en su casita, sentíase otro hombre, otro ser distinto, respiraba más á su gusto y creíase, lo que en realidad era: un ente superior.

Pio Paz jamás fué joven; en cuanto se entiende por juventud las pasiones que nacen, las vehemencias y los anhelos; fué en el mundo como reloj salido de manos de habilísimo artífice; desde el primer momento resultó su marcha inscrons, sin alteraciones; su vida era como el *tic tac* del péndulo, constante, eterna, monótona; quiso ser feliz y lo consiguió á maravilla; no creía como Schopenhauer que la vida fuese una guerra sin tregua ni que en todas partes se encontraba un adversario, ni que debía morirse con las armas en ristre; su temperamento, su idiosincracia especial, sus gustos, sus aptitudes llevábanle por el camino del insecto que vive y muere en el tronco de un árbol, no por el del león que ruga y se enseñocea y mata.

Desde los quince años quedóse solo, absolutamente solo y desde entonces

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo

como cantó el clásico, vivió Pio Paz: era un gran filósofo que practicaba con orgullo sus teorías; en el mundo deslízbase como una sombra; se propuso no emocionarse por nada, no aspirar á nada, no sentir por nada; todo lo que veía á su alrededor le parecía bueno ó malo, pero no pasaba de una reflexión

fria; no le llegaba á dentro porque no le interesaba; no discutía, daba siempre la razón al que le hablaba y sonreíase placidamente; no se incomodaba ni se alteraba; al sentarse delante de su mesa en la oficina no era un hombre, era una máquina que escribía con arreglo á un formulario.

No frecuentaba sitio alguno en que pudiera esparcir el ánimo; jamás tuvo novia ni amante; no es que odiase á las mujeres; no, le gustaba verlas como le gustaban las flores y los objetos artísticos; le producían una emoción estética, recreábase la vista; el corazón permanecía impassible; tampoco tuvo amigos, que las amistades muchas veces son estorbos; no disfrutó de nada recordando siempre que la mayoría de los placeres solo dan

«un gozo breve, que sin fin se llora.»

Aborrecía el vino y los manjares suculentos; sus comidas eran frugales hasta el exceso; no fumaba, no conocía la marcha de ningún juego. Era este Pío Paz un virtuoso, porque creía que los vicios son como enormes alforjas repletas de piedras que dificultan con su abrumador peso la marcha del viajero en el áspero camino de la vida. A oscuras, por la noche, sentado en su butaca de reps, Pío Paz gozaba de una ventura inenarrable mirando abstraído el pedazo de cielo que le dejaba ver la ventana.

Transformábase en otro ser y soñaba; soñaba que él, el misero chupatinas curialístico metamorfoseábase en Napoleón, en Velázquez, en Cervantes, en Dante, en Newton, en Beethoven, según su fantasía bogaba por las regiones de la guerra, la pintura, la literatura, la música, la ciencia. Y los inmarcesibles laureles de aquellos genios tomábalos él como cosa que de derecho le pertenecían. A ratos, el amor le envolvía en su más vaporoso y esplendente velo y veíase joven y hermoso, rodeado de mujeres preciosas que se lo disputaban y él elegía la más bella, la más ideal, la que más fuego encerraba en sus ojos y en sus labios y sentía junto á sí el ritmo embriagador, enervante, paradisiaco de una pasión amorosa sublime y enloquecedora.

Otras veces, encontrábase rico prodigando el oro á puñados, realizando los caprichos más estupendos, y él, Pío Paz, salía á las calles madrileñas caballero en un hermoso elefante al que precedía una multitud de esclavas indias, y paseaba en el Retiro en un coche en forma de carro romano del que tiraban mujeres desnudas de formas esculturales, suelto el cabello. Las riendas eran cintillos de brillantes que reverberaban al sol como rayos de luz que emanasen cual los de Júpiter de sus manos; delirios de grandezas que hacían sonreír de felicidad al amanuense. Y en este soñar despierto, Pío Paz concluía por dormirse y proseguía sus sueños fantásticos hasta que el relente de la noche le hacía despertarse para irse á meter entre sábanas.

No era rey, no era rico; no era genio, no era poeta, y, sin embargo, había gozado unas cuantas horas como si realmente lo fuera. Y esto todas las noches.

Ahora decidme lectores, si entre vosotros hay alguno que se considere más feliz que Pío Paz.

ALEJANDRO LARRUBIERA





DESPUES DE LA CORRIDA

Ayuntamiento de Madrid

Gornigramas

EL ANARQUISMO TAURINO

(Servicio particular de I.D.N.)

Villanorriojo, 28 (15.30 n.)

El anarquismo se impene
hasta en la cornología;
el cataclismo se acerca:
la hecatombe se aproxima.
La revolución social
estallará el mejor día,
y ui en el arte taurino
existirán jerarquías.

Los matistas sin contrata
odian á la burguesía
de las taurómacas lides,
y quieren á toda prisá
la nivelación exacta,
oponiéndose á que exista
diferencia entre los diestros,
y á que haya categorías,
y á que unos lucan la frena
por mor de la alternativa
y otros tengan que llevarla
bajo el sombrero cascudido,
solo por carecer de esa
investidura taurina.

Esto, desgraciadamente,
es verídico, y lo afirman
las noticias publicadas
en EL TIEMPO (una revista
semanal de Engañabobos
en la provincia de Pifaf).

Para más convenimiento,
aquí copio la noticia
que dice así, sin quitar
y sin poner una línea:

«Nuestro colega EL EXISTE
dice que la policía
sorprendió hace pocas noches,
después de muchas pesquisas,
en Villanorriojo, un centro

taurino de los anarquistas,
en cuyo centro hace ya
bastante tiempo venían
conspirando contra los
que forman la burguesía
de la fiesta nacional,
los célebres anarquistas
del arte de Cuatillares,
Hermenegildo Vailja
(alias el Rarachol chico),
Lucas Gandules Ternillas,
(el Explosivo), Tedco
Jindamez Ranura (el Vitorro)
y Huambongo Cuatumbos
(el Mocha). La policía,
recogió unas cuantas bombas
y unas hojas clandestinas,
de las cuales se hizo cargo
el Juez don Lino Clavija.

Dichos sujetos pasaron,
más sujetos todavía,
á la cárcel, donde están
en tanto que se averigua
el paradero de algunos
á quienes siguen la pista.

Enviaré por correo
más detalladas noticias.

El correspondiente,

DEUSDEMIT



ABRIL


1 L. S. Venancio
2 M. N. S. del Remedio
3 M. S. Benito de P.
4 J. Santa S. Isidoro
5 V. Santa S. Vicente
6 S. Santa S. Celestino
7 D. Rza. S. Epifanio
8 L. S. Alberto Mgno.
9 M. Sta. Casilda
10 M. S. Ezequiel, prof.
11 J. S. León I. p.
12 V. S. Julio, p.
13 S. S. Hermenegildo
14 D. S. Tiburcio, mr.
15 L. Sta. Basilia, mr.
16 M. S. Toribio, ob.
17 M. S. Amiceto, p.
18 J. S. Eleuterio, ob.
19 V. S. Vicente mr.
20 S. Sta. Isele
21 D. Divina Pastora
22 L. S. Sotero, p.
23 M. S. Jorge, mr.
24 M. S. Juan de la Cruz
25 J. S. Marcos evang.
26 V. S. Ceto
27 S. S. Pedro Armogol
28 D. M. S. Montserrat
29 L. S. Pedro, mr.
30 M. Sta. Catalina, vg

MAYO

1 M. S. Felipe ap.
2 J. N. S. de Avaceli
3 V. Inven. Sta. Cruz
4 S. Sta. Mónica
5 D. S. Pío V. p.
6 L. S. Juan Ante F. L.
7 M. Sta. Sofronia
8 M. N. S. de los Dños
9 J. S. Gregorio
10 V. S. Antonino
11 S. S. Anastasio
12 D. Rio. Domingo
13 L. S. Pedro Reglado
14 M. S. Bonifacio
15 M. S. Isidro labr.
16 J. + LA Ascension
17 V. S. Pascual Bail.
18 S. S. Félix
19 D. S. Pedro Celest.
20 L. S. Bernardino
21 M. Sta. Virginia
22 M. Sta. Rita de Casia
23 J. S. Basilio, mr.
24 V. Sta. Susana, mr.
25 S. Sta. Magdalena
26 D. Pavia costur.
27 L. S. Juan, p. mr.
28 M. S. Justo
29 M. S. Máximo, ob.
30 J. S. Fernando, rey
31 V. Sta. Petronila

JUNIO

1 S. S. Fortunato, mr.
2 D. S. S. Tránsito
3 L. S. Isaac, mr.
4 M. S. Francisco efr.
5 M. S. Saucio, mr.
6 J. + Corp. Cuiaviti
7 V. S. Sabino
8 S. S. Medardo
9 D. S. Feliciano
10 L. Sta. Margarita
11 M. S. Beraudo, ap.
12 M. S. Juan Sahagun
13 J. S. Antonio de P.
14 V. Sdo. Cor. Jesús
15 S. S. Modesto, mr.
16 D. S. Francisco
17 L. S. Manuel, mr.
18 M. S. Amado, ob.
19 M. S. Gervasio
20 J. Sta. Florentina
21 V. S. Luis Gonzaga
22 S. S. Paulino, mr.
23 D. Sta. Agripina
24 L. + NAT. S. Juan
25 M. S. Guillermo, efr.
26 M. S. Virgilio
27 J. S. Ladislao, rey.
28 V. S. Argimiro
29 S. S. Feona
30 D. Sta. Zeniliana

A decorative border surrounds the central text. It features stylized roses in shades of red and orange, green leaves, and a white bird perched on a branch. The background of the border is a textured blue-grey color.

La golondrina africana
roza, al pasar, los cristales
de mi andaluz ventana,
y en la pradera ceresna
sueñan cantos matinales.

De violetas y esplendor
la Primavera vestida,
copa haciendo de una flor,
me brinda el dulce licor
del placer y de la vida.
Y descubre mi mirada
áurea nave engalanada
con flotantes banderolas,
que abre una esteira argentada
en mar de celestes olas.

Canta en la nave el Amor
en brazos de la Alegría,
y el Ensayo embriagador
besa el rostro seductor
de la virgen Poesía.

En el bajel, nueve diosas,
ceñidas de albos ceadales
y coronadas de rosas,
pulsan líras melodiosas
¡y sueñan himnos triunfales!

¡Deliciosa Primavera,
con tu sol doras la esfera
y alegras el corazón:

tú eres la musa hechicera
que enciende mi inspiración!

¡Arte, — primavera ufana —
yo amo tus himnos triunfales,
aunque en nuestra edad liviana
dobla fúnebre campana
por todos los ideales!

MANUEL REINA

PRIMAVERA

EL SOLITARIO

En oración, en la celda
de lejano monasterio,
se encuentra un monje, postrado
con hondo recogimiento.

Ya va muriendo la tarde,
y ya se extiende el silencio
por la tierra, al par que cubren
las sombras el firmamento.

Los pájaros han callado
tras sus cantares postreros,
al despedirse del día
desde las ramas del buerto.

Con trémulas notas suena
la campana del convento,
yendo á perderse sus voces
allá en los distantes cerros.

Al fin, todo es paz y calma,
y soledad y misterio...

¡Ningún rumor de la vida!
¡Ningún murmullo del viento!...

Sigue avanzando la noche
y sigue el monje en sus rezos,



puestos en el Dios ansiado
sus místicos pensamientos.

¡Oración de alma angustiada!

¡Explosión de amor inmenso
que en suspiros se desprende
de lo profundo del pecho!

¡Cadena que, más que el labio
entrelaza el sentimiento,
desde la humana miseria
hasta el Hacedor Supremo!

No siempre postróse humilde
aquel mortal en el suelo;
si hoy es decrepito anciano

ayer fué gentil mancebo.

De los mundanos placeres
la copa apuró sediento;
le dió sus triunfos el oro
y Venus le dió sus besos.

Más, todo buyó con los años;
y en su existencia, el invierno
trocó ilusiones floridas
en pálidos esqueletos.

Cual barco naufrago busca,
en su salvación, el puerto.
aquel hombre pidió asilo,
desengañado, al convento.

Quiso, en su horrible amargura,
aunque vivo, ser un muerto;
y en el olvido del mundo
ir acercándose al cielo.

La noche avanzando sigue
y el monje sigue en sus rezos,
allá en la celda, postrado,
del lejano monasterio.

Es noche de primavera.
Lanzan su luz los luceros,
y las flores sus perfumes,
y el ruiseñor sus conciertos.

Poco á poco, el religioso
va en sus plegarias cediendo,
cada vez menos ferviente
y cada vez más inquieto.

¡Cuán dulcemente cantaba
el ave de amor! ¡Qué espléndidos
reverberaban los astros! —
¡Qué ambiente de aromas lleno!

Una lágrima en los ojos
asomó del débil viejo,
y retrocedió su mente
hacia más felices tiempos,

— ¡Nunca estaré solitario, —
exclamó el monje, gimiendo, —
mientras que, como esta noche,
retornen dulces recuerdos!

Memorias de gratas horas
pasadas entre embelesos,
que aun en mi carne ya helada
levantan olas de fuego.

JOSÉ DE SILES





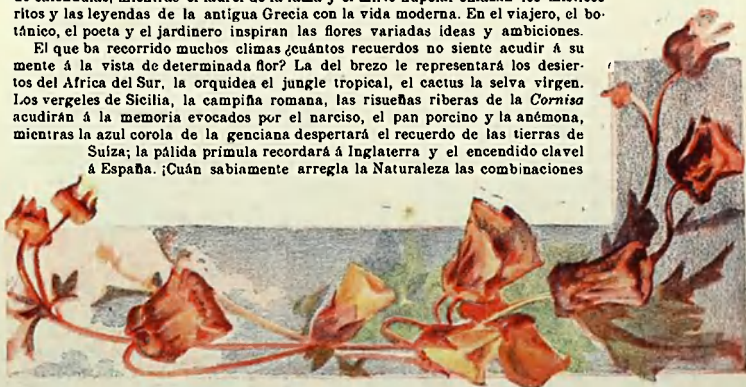
LAS FLORES EN EL ARTE

Entre las formas artísticas que prodigamente ofrece la Naturaleza á la admiración de los que saben contemplarla ocupan, sin duda, las flores el primer lugar por las sugerencias de forma, color y composición que procuran. No hay que citar ejemplos, de puro abundantes, tocante á las flores como elemento del arte decorativo y como inagotable fuente de dibujo y ornamentación; trasplantadas al reino de los espectáculos, reproducidas en los papeles pintados, en los brocados, en las joyas, puede afirmarse que de cada día avanza más y más la refinada influencia de las formas florales, constituyendo últimamente uno de los más poderosos atractivos del arte del cartel. No hay más que recordar á Mucha por la profusión de flores que invaden toda su obra con su delicado color, sus fantásticas formas y sus elegantes líneas.

Así en arte como en literatura se nota como un renacimiento del elemento romántico (ó si se quiere sentimental), á guisa de reacción contra las producciones de la escuela decadentista, y este renacimiento aparece sobre todo más en la decoración pura y simple que no en la pintura de sucesos. No se puede, sin embargo, transcribir la realidad sin una larga contemplación y detenido estudio de la vida de las flores, única manera de penetrarse de su puro color y graciosas líneas. No es necesario para eso aislarse en el seno de la Naturaleza; cualquier planta, arbusto, yerba encierra lecciones de infinito encanto. Desde los más antiguos poetas á los más recientes han tenido la soberbia rosa y la modesta margarita quien cantara sus gracias; las flores lo ennoblecen todo, y van unidos á sus nombres los más poéticos simbolismos nacionales.

El trigo, la vid, el lirio y la pasionaria forman un cuarteto de emblemas florales. Familiares son en Francia las flores de lis, en Inglaterra las rosas, en España la flor del granado, el cardo silvestre en Escocia, el trébol en Irlanda, el arce en el Canadá, el loto y el crisantemo en el Japón. El nombre de Holanda sugiere una visión de campos de tulipanes y jacintos, los templos indios suscitan la idea de rosarios de caléndulas, mientras el laurel de la fama y el mirto nupcial enlazan los místicos ritos y las leyendas de la antigua Grecia con la vida moderna. En el viajero, el botánico, el poeta y el jardinero inspiran las flores variadas ideas y ambiciones.

El que ha recorrido muchos climas ¿cuántos recuerdos no siente acudir á su mente á la vista de determinada flor? La del brezo le representará los desiertos del Africa del Sur, la orquídea el jungle tropical, el cactus la selva virgen. Los vergeles de Sicilia, la campiña romana, las riberas de la Cornisa acudirán á la memoria evocados por el narciso, el pan porcino y la anémone, mientras la azul corola de la genciana despertará el recuerdo de las tierras de Suiza; la pálida primula recordará á Inglaterra y el encendido clavel á España. ¿Cuán sabiamente arregla la Naturaleza las combinaciones



y contrastes de color entre las hojas y las corolas! La flor de color de ciruela sobre los discos de apagado verde de las hojas del brezo, forma la más picante armonía con el limón pálido de sus zarcillos y la llama naranja y cobre de sus flores; las hojas de un gris de acero al servicio de la familia de los cla-veles y la aureola de nevada plata que forma el cardo con su corona de ardiente



LA VIOLETA

púrpura son cosas de belleza. Cojed una florida rama de la rosa llamada «Gloria de Dijon». ¿Hay nada más bello en la Naturaleza que el resplandor del cielo reflejado en sus lustrosas hojas? Brilla en ellas el dorado

redor de la luz, y las flores, de un marfil oscuro, con tonos de melocotón y albaricoque, contrastan con el delicado rosa-pardo de los tiernos vástagos y las hojas que en torno se desarrollan. ¿Y qué decir de la textura de cera de las camelias y naranjos, repetida en sus hojas, y de las diferentes gradaciones del barnizado bronce de los pámpanos? Podríamos multiplicar hasta el infinito los ejemplos, tomados del campo y del cercano, del jardín y de la granja. Y aparte del color cuánta variedad de carácter en los árboles y las plantas! El manto de nevadas flores que pesa sobre las ramas del almendro, las guirnaldas de las clemátides y las zarzas, los estandartes de la espuela y de la malva hortense, la desconfiada afirmación del girasol, las borlas del citiso y la wistaria, las espirales de la flor del castaño, el enredo del jazmín, el penacho de la lila ondeando al viento llegan hasta embazar por la prodigalidad de sugerencias al artista decorador y provocan en él intenso anhelo por descubrir los secretos de aquella bravía belleza de forma y de color que desafia su admiración y su poder para imitarla.

El que quiere fijarse en las flores con propósitos de imaginar un traje tiene delante tres caminos,

limitados solamente por la posibilidad de la flor escogida y por la naturaleza del efecto que se trata de producir. Suponiendo que se desee mostrar la flor viva y moviéndose en forma humana sin sacrificar sus proporciones, se dará con el resultado tal como aparece en el Asfodelo y la Campanilla blanca ó bien en la sugestión del traje de *Orquidea*, basado en una de las más conocidas variedades.

Este método natural, sin embargo, tiene su contra las limitaciones y la cohibición de la libertad para el tratamiento. Flores hay que son imposibles de reproducir en sus líneas, y hay que apelar á otro sistema de adaptación, que constituye el segundo método de tratar el asunto; requiere, como si dijéramos, una disección de la flor y con sus partes componentes construir un traje que utilice sus varias formas sin que resulte la verdadera flor. Tal es el caso para el clavel, según puede verse en nuestra figura, que es, en este sentido, la quinta esencia del estilo Luis XV.

La hermosa flor se adapta de la manera más feliz á la forma del *sombrero de tres picos*, y los pétalos blancos no son menos á propósito para ser acomodados como *chorrera*. Estas cualidades se han

aprovechado en algunos bailes de espectáculo, tales como *Rose d'Amour*, cuyos figurines dibujó C. Wilhelm y fué representado en el *Empire Theatre* de Londres, siendo un verdadero *parterre* de color y dibujo. Allí se veía el lirio original; los geráneos proporcionaban el escarlata militar y el acónito napelo la púrpura



LA FUCHSIA



EL PENSAMIENTO

eclesástica; la fuchsia, á guisa de bufón, dirigía las locuras de la corte, y el convólulo y la adormidera espacian el sueño; la violeta, que escondía bajo sus hojas su incensario de delicado perfume, el pensamiento y muchas otras flores tenían allí su representación más ó menos ideal.

Naturalmente que en aquel delicioso paraíso de las flores había algunos forasteros, y no se



LA ADORMIDERA

hallaban fuera de lugar la musical cigarra y las mariposas. Parecida cosa se vió en una escena de *El sueño de una noche de verano*, dibujada por Mr. Oscar Barrett para el *Lycemu* londinense; un grupo de arañas y hongos formaba pintoresco contraste con la delicadeza de las flores animadas.

Para dibujar un traje de fantasía tomando como motivo una flor se puede apelar á diversos medios: Á veces se saca el mejor partido de la combinación de los matices, siendo este el caso cuando se ponen á contribución el loto y el iris; otras veces se acentúan los colores disponiéndolos sobre un fondo de oro; otras se apela á los bordados.

Es digno de notarse



EL HONGO

que las cualidades imitativas de las flores se describen con mucha frecuencia en sus nombres: así en el Aconito napelo, cuyo nombre familiar, en inglés, se traduce por *capuchón de fraile* y la *Dedalera* ó *Digital*, por su flor en forma de dedo; la *Cresta de gallo*; la *Espuela de caballero*.

EN LOS TRAJES

El artista, pincel en mano, debe estudiar la flor en todos sus períodos y penetrarse de su forma, color y perfume. El color es importantísimo por lo variado de los matices; citemos, como ejemplos la hortensia, el escaramujo, el botón de oro, la margarita, el cinnamomo, etc., con sus especialísimas coloraciones. Muchas veces se



LA ARAÑA



LA MARIPOSA

tropieza con la dificultad de poder dibujar esos trajes por la forma especial de las flores.

La dificultad puede dimanar también de la calidad de las telas de que se dispone.

La industria, hoy tan pujante, de las flores artificiales no se halla aun en estado de bastar á las demandas de pétalos y hojas en cantidad suficiente para vestir una figura humana, habiendo además el inconveniente de que es difícil reproduzcan la delicadeza y ligereza del original, y sobre todo, su aspecto de vitalidad, obtenido hoy por medio de los finos alambres; tan molesta sustitución, admisible en las flores de los sombreros ó bien en las guirnaldas, collares



EL JACINTO SILVESTRE

y ramos no es aplicable al traje entero.

Algunas veces se emplean materiales á propósito para la obtención de varios efectos florales. Algunos terciopelos imitan muy bien la superficie y rica coloración de ciertas flores, por ejemplo, del pensamiento y el alelí, y el raso puede servir muy bien para remediar la lustrosa corola de los lirios.

Puede usarse una seda de tonos de peonía y malva azul para la falda del traje de cardo, y para el de asfodelo se reproduce en raso la porción en forma de trompeta de la flor con seda de un tono más pálido para los otros pétalos. El cáliz, de raso verde, forma el tocado, del que cuelga un velo de crepón de seda oscuro que recuerda muy bien el tallo de la flor.

Un carácter esencial de ciertas flores y hojas estriba en sus revueltas y retorceduras, y esas, con su graciosa informalidad, presentan á veces una dificultad formidable para su adaptación al traje.

A parte del incentivo de las flores para el dibujo de figurines desempeñan también un importante papel como notas de color ó como accesorio de un carácter ó de una localidad, por ejemplo: la flor del granado

para las negras trenzas de la gitana española; la margarita ó la primavera para la aldeana; los azules cálices del loto del Nilo, llevados en procesión por las sacerdotisas del antiguo Egipto; las guirnaldas de rosas de los festines romanos, la palma de los mártires y el céreo lirio de las vírgenes.

Los expertos en horticultura han trabajado lo indecible para obtener terciopeladas aurículas, soberbios pelargonios y hermosas dalias, pero no es de desear que lleven su entusiasmo hasta el punto de tornar un pensamiento absolutamente negro, como así ha sucedido, sin ventaja alguna.

Afortunadamente, en efecto, á pesar del grosero positivismo reinante, aumenta de día en día el amor á las flores, cabiendo en este concepto á Barcelona uno de los más preeminentes y envidiables lugares. Más aun: se han hecho tan indispensables las flores para muchas personas que han llegado á formar por decirlo así parte integrante de su individualidad, siendo imposible figurarse á tal ó cual hombre de Estado, sabio, artista ó simple millonario sin su gardenia en el ojal de la levita.

La pintura de flores, á su vez, ha sido objeto de una total reno-



EL CRISANTEMO

vación, descollando en su cultivo verdaderas eminencias como la ilustre artista D.^a María Luisa de la Riva y muchas otras señoras y señoritas (aparte del sexo feo), que demuestran sentir verdaderamente la belleza de aquellos delicados seres. Con ser tan importante el papel de las flores en el tocador, las modas, las bellas artes (incluyendo en esta acepción todas las artes llamadas industriales), resulta, sin embargo, casi secundario en comparación que han desempeñado en la poesía. Conjuntamente con



los tapices de la India, de la Persia y de la Arabia, con los motivos arquitectónicos de Egipto, Grecia, Roma, la Europa gótica, el Renacimiento y el actual período ecléctico, las flores han sido perenne manantial de inspiración para el poeta, desde el autor de *El Cantar de los Cantares*, hasta Selgas, desde Firdusi hasta Baudelaire. Si algo tiene el agua cuando la bendicen, algo también deben tener las flores cuando tanto las alaban. Y hay, en efecto, en ellas, aparte de lo tangible, visible, oloroso y aun sabroso, un indefinible simbolismo, que desde los primeros albores de la humanidad se ha hecho patente y evidente.

LA LLEYENDA DE LAS FLORES

Hállase ésta íntimamente asociada con las mitologías. «El cielo», escribía un sabio alemán no hace muchos años, «es á veces un jardín florido, que la creencia popular ha reconocido bajo las formas cambiantes de las nubes; se ha creído, asimismo, ver en las nubes árboles poderosos con flores luminosas y

sino que el mundo de las plantas proporcionó también gran contingente, como de ello se encuentran abundantísimos ejemplos en el antiguo imperio de Méjico.

La influencia floral en las creencias populares persiste tan constantemente que basta recordar lo que aun sucede durante la noche de San Juan, en la cual las flores sirven de pronóstico para los negocios amatorios de las niñas, y la constante fe en la virtud de numerosas plantas de que no puede desprenderse el vulgo, así ilustrado como indocto.

Una flor, la *verberna*, ha servido para dar nombre á una verdadera institución española, siendo de notar que todo dimana de una equivocación. Se ha creído, en efecto, que la palabra *verberna* procedía de *Veneris herba*, yerba de Venus, tanto más en cuanto los griegos la llamaban *peristeron* (la yerba de las palomas), es decir de las aves que arrastraban el carro de la diosa del amor. Por cierto que aun se llama en Italia *erba colombina* á la verberna.



EL CARDO ESCOCÉS

con frutos. La imaginación, pues, ha atribuido al mismo cielo las bellezas florales de la tierra.

La ingénua imaginación de los pueblos en su infancia no se limitó á forjar mitos del sistema solar,

Otras muchas flores hay que han recibido como una consagración religiosa en atención al nombre del santo ó la santa que se les ha impuesto, por coincidir su recolección con la fecha en que la

Iglesia celebra la festividad de tal ó cual bienaventurado, ó bien por ser el atributo de tal ó cual santo ó santa: el lirio de San Antonio, las rosas de Santa Casilda ó de San Jorge, las margaritas llamadas en Francia *paquerettes*, el tomillo del Jueves Santo, sin contar las innumerables yerbas puestas bajo la advocación de santos y santas: de San Antonio, de San Benito, de San Cristóbal, de San Esteban, de San Fiacro, de San Jorge, de San Guarino, de San tiago, de San Jnan, de San Julian, de San Lorenzo, de San Felipe, de San Roque, de Santa Bárbara, de Santa Catalina, de

morada, y aun en muchos países se dice á los niños que el recién nacido ha sido cogido en el jardín. El cristianismo ha empleado en grande escala las flores para el culto á María, establecido precisamente en el florido mayo.



LA FLOR DEL TRIGO

Santa Cunegunda, de Santa María, de Santa Rosa, etc., etc.

Aparte de su belleza, que hacen de ella la perla del reino vegetal, la flor ha sido venerada en todo tiempo como símbolo de la fecundidad. Flores del jardín celestes

son el sol, la luna y las estrellas; en las cosmogonias indianas el rayo de sol es una caña florida; el rayo una guirnalda de flores; el arco de Kama (el dios del amor), lanza flores en vez de flechas.

Las flores acompañan al hombre durante toda su peregrinación por la vida; adórnase con flores la casa el día que nace; flores se lleva á su última

y en la procesión del Corpus, á principios de junio, los niños coronados y ataviados como ángeles derraman flores á su paso, simbolizando á la vez su primavera y la primavera de la naturaleza. En cuanto á los enamorados, en todo tiempo han adoptado las flores como fieles mensajeras, no siendo pocos los tratados que versan sobre los valores simbólicos de las mismas. Sabidos que los griegos tenían una Ninfa de las flores, *Cloris*, y los romanos una diosa *Flora*.

Las flores que, bajo la forma de criaturas humanas reproducimos hoy en estas páginas, tienen también su leyenda, que no carece de importancia.

LA VIOLETA

Tan humildad, recatada y *nitouche*, al parecer, la violeta es nada menos que una flor sediciosa



LA ESPIGA

(en Francia) como símbolo del imperialismo. Todo buen bonapartista lleva siempre un ramo de violetas en el ojal. ¡Y fítese usted luego de las apariencias!

EL PENSAMIENTO.—Lleva en su nombre toda su trascendental importancia. Es una flor de las más expresivas y... coleccionadas... en los museos amatorios particulares.

LA ADORMIDERA.—Tiene una larga historia. Los griegos representaban á *Hipnos*, el sueño, con la cabeza coronada de adormideras ó bien con un ramo de estas flores en la mano; de igual manera representaban á *Nyx*, la Noche, y á *Thanatos*, la Muerte. Harío conocidos son los efectos narcóticos de la adormidera para que sea menester explicar semejantes imágenes. Cuéntase que Ceres, desesperada por

el rapto de su hija, se durmió comiendo adormideras, para olvidar su dolor.

Una de las especies de la adormidera es la *Amapola* que creciendo de ordinario en medio de las mieses se convierten fácilmente en atributo de la diosa de los trigos, y de ahí que se vea á Ceres y lo mismo á *l'herbas* y *Honus Eventus* coronados de amapolas.

En un admirable fresco que formaba parte del panteón de Pompeya veíase una sacerdotisa que llevaba en la mano un haz de espigas y amapolas. Las espigas y las amapolas se confunden, y la famosa alegoría de Tarquino cortando cabezas de amapolas aparece en Herodoto con la variante de cortar Trasibulo, delante de Perianthro, tirano de Corinto, las espigas que sobresalen entre las otras.

Así la especie como la adormidera han sido comparadas á cabezas humanas, y aun decimos «cabezas de adormideras». Pero no solamente se veía en la de la adormidera una cabeza humana sino también una ciudad entera, con sus almenas y murallas. La gran cantidad de semillas despertaba la idea de toda una población. Un comentador de Pitágoras, que florecía en Basilea en pleno

Renacimiento escribía que la adormidera era el símbolo de la fertilidad y de la ciudad; opinión confirmada por lo que asegura Pausanias respecto á una Vénus que llevaba en una mano la

manzana parisense y en la otra una adormi-



LA LILIA

dera. En Italia y Grecia subsiste todavía la costumbre de preguntar las niñas á las hojas de rosa ó bien á las de adormidera si es verdad que el novio las quiere como diez.

Es preciso que la hoja haga mucho ruido, sin romperse, cuando se la pega; si se rompe, *malum signum*.

HONGOS

A causa de su generación, aparentemente espontánea, llamaban los antiguos á los hongos *hijos de los dioses*.

El héroe solar se oculta á veces debajo de un hongo, lo cual, debe traducirse: «bajo una nube». En la mitología popular indo europea el héroe solar apa-

rece bajo la forma de un rey de los guisantes, que sube al cielo: así, cuando leemos en un cuento ruso que los hongos presen-
tan batalla al rey de los guisantes quiere decir que las nubes dan la batalla al sol.

En algunas partes de

como lo han voceado infinitos más. Según otros estando un día Apolo jugando á los dados con su amado hijo Céfito, celoso éste de Jacinto (hijo de Oebalos y de la Musa Clío), le tiró un dado á la cabeza, que le dejó descalabrado, tanto que se murió, y compadecido el rubicundo Febo le convirtió en flor.

A pesar de todo, figura también el jacinto en la cabeza de Apolo y de las Musas, lo cual indica que además de ser una flor funeraria es también una flor literaria; y en efecto, Jacinto se llama Verdaguero.

CRISANTENO

Flor japonesa, símbolo del *Not Naciente*.

CARDO

Es una planta solar y meteorológica, por lo cual se explica que se le haya llamado *cardo santo* ó *bendito*. En Italia han hecho de *carduus sanctus*, por equivoco, *carolus sanctus* y de ahí su denominación de *erba carlina*.

Crece en las áridas y abruptas pendientes de los Alpes, y se ha visto que mientras la floresta abierta no hay miedo de mal tiempo, pero si se cierra no tardará en llover, por más que no se vea ninguna nube en el cielo. Resulta,

Italia se cree que los hongos que crecen cerca del hierro, del cobre ó de cualquier otro metal son venenosos, de lo cual dimana sin duda de la costumbre supersticiosa de echar una moneda en el agua en que se hacen hervir las setas.

JACINTO

Esta bonita flor era considerada en Grecia como funeraria y en este concepto estaba dedicada á la diosa chitónica ó terrestre Demeter, la Ceres romana. En las fiestas en honor á dicha divinidad coronábase á los niños con jacintos. Así como un perspicaz articulista de cierto periódico de por aquí vió escritos en los elitros de las langostas que devastaban los campos de la Mancha las palabras *Dier ira, Ira Dei* (¡qué buen oculista sería el tal!) los griegos creían que en el jacinto había escrito dos veces el grito: *¡Ay! ¡ay!*, que fué precisamente lo que vocó Ajax al suicidarse en Salamina, así



EL CLAVEL

pues, un excelente barómetro para los alpinistas, y aun largo tiempo después de cogida conserva sus

En un cuento popular inglés sirve la borriila de los cardos para tejer las medias de Tom Pouce (el *Petufet* catalán); la madre de Tom Pouce le ata con un hilo á un cardo, se acerca una vaca y se come el cardo, y con él á Tom Pouce. En la *ronda-lla* catalana el cardo es reemplazado por la col.

En la vida del glorioso obispo Raban se refiere que este santo varón fué atado por los pies al cuello de dos caballos, y arrastrado así, cabeza abajo, por en medio de los cardos, en cumplimiento de lo mandado por el emperador Decio. Pues bien: si se corta un cardo, salesangre; así, por lo menos lo asegura Du Cange, erudito francés que floreció á mitad del siglo xvii.

En el gran ducado de Mecklenburg hay una leyenda según la cual en un salvaje sitio donde se había

propiedades higrométricas.

Tan singular propiedad, exagerada y magnificada por la imaginación popular puede haber contribuido á la formación de numerosos mitos meteorológicos. Apuleyo en su *Herbarium*, atribuye al cardo silvestre la virtud de alejar todos los males de aquel que lo lleva. «Si coges el cardo estando la luna en Capricornio, —dice,— y lo llevas contigo, no te ocurrirá ningún mal». En Bohemia se le concede la estimable facultad de ochar los gusanos del cuerpo de los animales. Para ello tiénese que aplastar la flor del cardo con el pie, y decir: «Cardillo, cardillo, no te dejaré sacar la cabeza mientras no saques los gusanos de la vaca, el caballo (ó lo que sea)». En Estonia, donde son muy supersticiosos, los labradores colocan cardo sobre el trigo que ponen á secar para alejar los malos espíritus que podrían echarlo á perder.

cometido un asesinato todos los días, á la hora meridiana, brotaba un

EL ASFODELO Ó OAMON

cardo de forma extraña, en el que se veían brazos y manos y cabezas de hombre. En cuanto las cabezas llegaban á doce, el cardo desaparecía.

Pasó un día un pastor por el lugar donde había brotado el cardo, y al tocarlo con su cayado, carbonizóse éste y el pastor quedó paralizado de un brazo. Explicación: el cardo es la imagen del sol que llega á su mayor fuerza á mediodía y carboniza el cayado del pastor. Asimismo debe encerrar un sentido mitológico el proverbio húngaro de que «el cardo está orgulloso desde que el roble le pidió por esposa á su hija». En efecto: el sol también, cuando va á llover, se cierra como el cardo; si pues el cardo representa el sol y el roble es el símbolo de la nube (como realmente lo es) se comprende como la hija del cardo puede casarse con el roble; se comprende también como Tofa, como *la Tofet*, el enano solar, puede contrairse con el cardo y ser tragado por la vaca nocturna ó por la nube, y se comprende, finalmente, como el cardo puede echar los gusanos de la tierra, de igual manera que abuyenta el sol los demonios de la noche. Al observar el cardo erizado con su flor en forma de astro y abriéndose al sol no cuesta nada formarse cargo de que el espíritu humano haya identificado en un momento de infantil ensueño el cardo que pica y ensangrienta las manos del que lo coge, con el astro del día que en la hora de su apogeo celeste ha sido escogido para representar la sangre que brotó de la cabeza de San Juan Bautista decapitado. Así puede explicarse cualquiera como bajo la imagen del cardo puede ocultarse un mito solar.

Reconocemos, sin embargo, que la explicación es algo desconcertante, dada la mala reputación de que goza el cardo, como planta espinosa, áspera y siniestra. Mal terreno será aquel en que se halla á sus anchas el cardo, pues es la yerba por excelencia de los eriales y los yermos, tanto que ningún pintor deja de representar el dolor, el horror, la desolación y la ruina por medio de la presencia de los cardos.

Lo que resulta ahora más extraño aun que la personificación del sol en esta silvestre planta es que en España haya llegado á ser comestible en ciertas comarcas; parece imposible que en plena víspera del siglo xx sucedan esas cosas, y sin embargo,

es un hecho tristemente confirmado por desgracia que en Aragón ha habido gentes que han tenido que alimentarse de cardos cocidos, plato de que no había ningún *Arte de cocina*.

El cardo es el emblema nacional de los escoceses. Cuéntase que una noche se habían acercado los daneses al campamento escocés, pero mientras avanzaban los enemigos uno de ellos puso el pie sobre un cardo, se pinchó y lanzó un grito que puso en alarma á los escoceses. Por demás está hacer notar la semejanza entre este episodio y el de los gansos del Capitolio.



LA ORQUIDEA

GAMON Ó ASFODELO.—Por el poema de *Las Horas y los Días* de Hesíodo sabemos que los bulbos de gamon servían de alimento á los pobres y se colocaban á guisa de ofrenda sobre las tumbas. No tiene, pues, nada de extraño lo que dice Homero en la *Odisea* pintando los infernos, donde pascan los muertos, como una pradera de asfodelos, como tampoco que se le consagrara al Baco funerario é infernal de los Misterios Eleusinos. Era para los griegos el asfodelo como una especie de viático para la vida inmortal; crecía en el reino de las sombras y de los sueños, y de ahí su reputación como universal contra veneno.

Proserpina, Dionysos (Baco), Diana, Semclé están representados con la cabeza adornada de guirnal



EL LIRIO

das de gamones. Alberto el Grande lo llama Yerba de Saturno y lo recomienda para alivio de melancólicos y demoníacos y para facilitar la detención, pero para ello hay que cogerlo de noche y sin decirlo á nadie.

Durante la Edad Media y el Renacimiento formó parte el Asfodelo de los más acreditados filtros de amor, y es indudable que lo contendría aquel fatal brebaje que, distraidamente, becieron á Tristan é Iseo.

IRIS

Esta linda flor, tocaya de nuestra revista, es conocida también con el nombre de *Lirio cárdeno*. En Grecia era plantada sobre las tumbas en recuerdo de la diosa Iris, que se suponía ejercía el ministerio de guiar á su última morada las almas de las mujeres, como Hermes las de los hombres. Así condujo la diosa al Olimpo á Dido infeliz. A pesar de su poético nombre

son las *irideas* unas flores muy útiles en el arte de curar, además de gozar de gran predicamento por su delicadísimo perfume. Nuestra figura representa la *Iris odoratissima*. Hay además la iris ó el lirio de Florencia; la iris *germánica*; la iris *tuberosa* y otras especies. El solo nombre que lleva es suficiente para demostrar que la iris es una flor... nada vulgar.



LA CAMPANILLA BLANCA

TRIGO.—Comun era coronarse de espigas en ciertas festividades de la antigüedad. El Evangelio contiene la parábola de las espigas vacías que se enderezan y de las espigas llenas que se doblan. La ceremonia matrimonial de la *conferentia*, entre los romanos, consistía en echar sobre las manos unidas de los jóvenes esposos

dos puñados de trigo. El rito de los hermanos Arvaes, como los Misterios de Eleusis, estaba fundado en el culto de los trigos.

(LAVEL.—Sabido es que esta flor representa el amor arriero. En Bolonia está particularmente destinado al culto de San Pedro; el día 29 de junio es el de los claveles, como el 21, fiesta de San Luis Gonzaga es el de los lirios. En España es la flor por excelencia de los enamorados y la musa popular lo invoca con frecuencia:

Eres una clavellina
rodada de claveles;
como eres tan peregrina
hechizadito me tienes.
Tú eres el clavel de abril
y la rosita de mayo,
la hermosa luna de enero
que me tienes hechizado.
Las rosas y los claveles
se dieron una batalla,
y los claveles ganaron
porque relan en tu cara.

Dame una clavellina
de tus claveles;
dámela tan hermosa
como tu eres.
En cuanto no hay claveles
porque los marchita el bicho;
en tu casa los hay siempre
porque lo permito el cielo.
Morena tengo que ser
la tierra para claveles,
y la mujer para el hombre
morenito que si quieres.

Son tus ojos dos luceros,
tu boca un clavel de mayo,
«¡tus mejillas dos rosas,
hazme dueño de ese ramo.
A la luz del cigarro
te vi la cara,
no he visto clavellina
más encarnada.
De lo más alto del cielo
cayeron nueve claveles,
tres Añas y tres Marías
tres pulidas Isabelas.

Son innumerables las obras que las flores han inspirado en el mundo de las letras, y no nos referimos precisamente á esas cursis *Vidas de las flores*, etc. sino á preciosas comedias ó novelas, tales como *El lirio del valle* de Balzac; *Antonia*, de Jorge Sand; *El Tulipán Negro*, de A. Dumas; las *Rosas amarillas*, de Alfonso Karr y cien más que podríamos citar, más ó menos íntimamente relacionadas con *camelias*, *claveles rojos*, *violetas*, etc. No nos dejemos en el tintero el famosísimo *Romance de la Rosa*, la novela más popular de la Edad Media. En cuanto á los poetas líricos han hecho un verdadero abuso de rosas, nardos, claveles y jazmines, encontrándose en igual caso los discursistas de Juegos Florales, en prosa. Las mismas ciencias han echado mano de las flores para su *Rosa de los Vientos*, la *flor de trebol* y hasta cierto punto la *flor del granado*, sin olvidarnos de la *flor de lis* de la ciencia heráldica, de la *hortensia* napoleónica: cerea y de la *margarita* carlista, todo lo cual demuestra la importancia de las mismas.

No sería completa esta *información* sobre las flores sino hiciéramos presente que hay flores que jamás ha visto nadie: por ejemplo la *flor de la maravilla* (espanto de los médicos), la *flor de la edad*, la *flor de la vida*, de la *canela*, de la *harina*, del *vino*, etc., así como las hay también que no son flores, como las de azufre, las de zinc, la de la sal, y otras.



EL QUINANTE DE OLOR



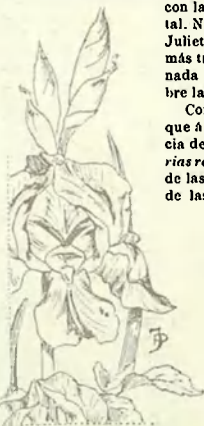
EL BERRO

También será necesario recordar las frases *A flor de agua*, ajustado á flor, andarse á la flor del berro (como diz andaba Hernán Cortés en la flor de su juventud, según Gómar), andarse en flores, descoronar la flor, tener por flor, etc., y el refrán *Ni de las flores de marzo, ni de la mujer sin empaño*. Y digamos también que se llama *flor* á la haz y superficie de la tierra, á un juego de naipes y aun á las trampas y engaños que se hacen en la diaria operación de tirar de la oreja á Jorge. Y que *floreo* es término de esgrima, del arte de tocar la guitarra, de la danza española y de la oratoria de Moret, y, por fin, que los franceses, tomándolo de nosotros dicen *faire florès* para indicar lo que expresamos aquí con la frase de *como mil flores*. A pesar de toda su poesía no han escapado las flores á la explotación de la industria; menos mal, ó por mejor decir, muy bien cuando se las utiliza para extraer de ellas su perfume, y pocas cosas hay tan agradables como el olor de las esencias de rosas, jazmines, violetas, heliótropos, etc. pero apenas verlas empleadas para formar anuncios, ó convertidas en cocimientos,

ungüentos, jaropes y electuarios, ó bien en proyectiles de batalla. Porque se dirá lo que se quiera en favor de las *batallas de flores*: en el fondo no deja de ser una profanación.

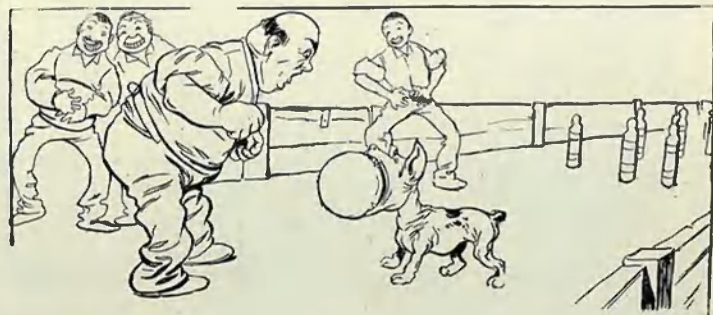
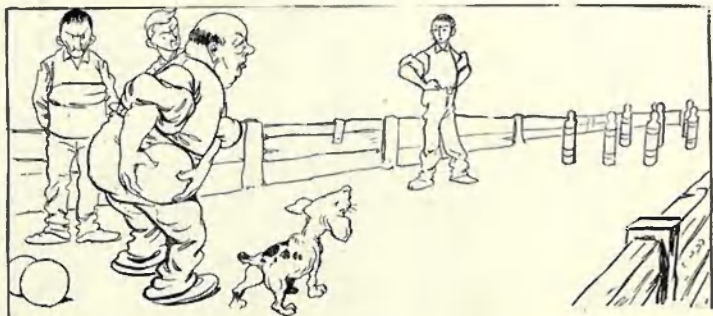
En estos últimos tiempos se hace gran consumo de flores para coronas funerarias, y tampoco estamos conformes en semejante empleo. Esta costumbre tiene algo de pagano, que no empareja bien con la idea de alma inmortal. Nada más hermoso que Julieta en el jardín; nada más triste que Ofelia coronada de flores flotando sobre las aguas del torrente.

Concluamos diciendo que á pesar de la existencia de las soberbias *Viclorias regias* y *Wellingtonias*, de las elegantes gardenias, de las *estéticas* orquídeas, de los fragantísimos jazmines, de las preciosas camelias, de las opulentas magnolias y de tantas otras flores hermosísimas na die ha disputado á la rosa su primacía y es universalmente acatada como la *Reina de las flores*.



LA ROSA

¡BUENA BOLA! por Rojas



VERANO

¿Cómo no hablar del verano
con júbilo verdadero
y con estilo galano
cuando se halla en cielos
á tres grados bajo cero?

Oh magnífica "latencia"
dispensa, almas y aros
de las donas "Estacion"
¿Quién no recibe tus dones
con grata satisfacción?

Pregúntales al albedío
del polvo, que va danzando,
si anhela calor á fin
y se dirá: "¡fanga el "vetio"
y atrá el "invierno" crudo!"

"¿Qué en verano abriga el cielo,
mujer, que el mejor estambre,
y es padre á la vez el suelo
que acorrea y da consuelo
á la miseria y al hambre!"

Si, desde el ave ranera
hasta el enfermo, que implora
para sus crónicos males
los calores estivales,

"verano" ¿quién no le adora?

¡Uah! Sin duda el millonario
que á su pueblo se derrite,
que se acoge á un balneario
y, por su vez, se permite
lucrar del calderario.

¡Mi alma, en cambio, agradecida
pide tu reinado eterno!...

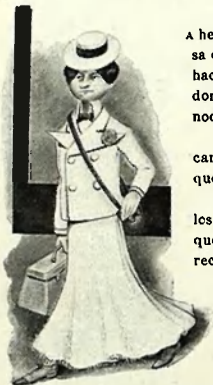
¿Y qué mucho que tal pida,
si es muerte todo en invierno
y en "verano" toda vida?

Marcos XAPITA

Blanca la intrépida

una imprevision lamentable

(CUENTO INVEROSÍMIL)



A hermosa Blanca Pitísu, mujer intrépida y varonil como ella sola, caprichosa como ninguna y solterona como todas las que no se casan, no sabía que hacer con el capital que sus padres le dejaran y en cierta ocasión se vió dominada por una manía: por la manía de emprender viajes raros para conocer países remotos.

Un día, convenientemente ataviada y así como quien va de merienda al campo, tomó en Barcelona un vapor que había de conducirla nada menos que á un punto de la India que la inspiraba gran curiosidad.

Una vez á bordo del *Tremebundo*, no tardó el capitán en enterarse de los propósitos de Blanca, y por deber de humanidad la advirtió el peligro que iba á correr, pues el Rey de aquel país de antropófagos había dado recientemente una orden que así decía:

Mucho contrarió á Blanca la noticia, y sin renunciar á su propósito, pero deseando al mismo tiempo evitarse el disgusto que podría causarle la orden del Rey, ocurriósele

hacerse amiga de un pasajero de oficio pintor, y con él concertó que antes de tocar en el consabido punto de la India, la pintase de negro la cabeza y las manos. En efecto, el pintor, complaciéndose mucho en satisfacer el deseo de la extraña pasajera, la tiñó de negro cuello, cara y manos, de tal suerte que al salir del barco la turista, más que mujer parecía un alfiler de cabeza negra.

Llegó el vapor al país salvaje.

Echó Blanca pie á tierra y se dirigió ante todo á buscar un hotel donde alojarse.

Mas en una de las calles del trayecto, tropezó ¿con quién dirán ustedes? Con el propio Rey antropófago, que, prendado repentinamente de Blanca, deslizó en sus oídos estos reales piropos:

—¡Benditas sean las forasteras de buten! ¡Lástima que no sea usted blanca para no dejar de usted ni tanto así!

Horrorizada la pobre señora y corrida de vergüenza, se sonrió tímidamente y continuó su camino basta encontrar la fonda de las Plumas. En ella se instaló Blanca. En cuanto se vió sola se dedicó al aseo corporal, y conservando negro lo que llevaba pintado, se lavó el resto del cuerpo tranquilamente, sin sospechar que la observaba por la cerradura cierto negrito soplón que, en cuanto vió la blancura de la forastera, corrió á comunicárselo á Su Majestad para los efectos consiguientes.

Todos mis vasallos
están obligados á
detener á cuantas
forasteras blancas
encuentren, ora en
la población, ora en
el campo, y á
presentarlas en
mi real cocina
para comerme las
con patatas y chus
parme desvís
los reales dedos.

Yo el Rey

El dueño de la fonda de las Plumas tenía una madre, y la buena mujer, que había simpatizado con nuestra viajera grandemente, reveló á ésta en seguida la jugarreta del negro, é inútil es decir que comenzó á pensar como Blanca podría burlar á los enviados del Rey, quedando negra por todas partes antes de que fuesen á prenderla.

A este fin buscó sin pérdida de tiempo los frascos de tinta que hubiera en la fonda; pero la tinta se había concluido. Hizo lo propio con el betún del calzado y desgraciadamente vió también defraudado su deseo: ya no quedaba betún. En vista de esto y como único recurso, se le ocurrió á la vieja coger la salsa de calamares que había sobrado de la cena anterior y pintar con ella por todos cuatro costados á la asustada turista que, después de mirarse al espejo, quedó no solo negra, sino tranquila.

Presa de un sueño pesadísimo, echóse á



dormir la viajera, pensando en el chasco que se iban á llevar los enviados del rey cuando la vieran; pero ¡ay! no advirtió que se había quedado en el dormitorio el perro del fondista, el cual perro, tan pronto como notó el olor apetitoso que Blanca despedía, comenzó por olfatearla y acabó por lamerla completamente sin despertarla, dejándola todo el cuerpo como la propia nieve.

Al raido que produjo la entrada de los polizontes salvajes en la habitación, despertó Blanca y en vano pidió auxilio.

Destapáronla los agentes de la autoridad, y encontraron en ella la presa que buscaban, sorprendida y angustiada, la condujeron ante el trono de Su Majestad que llamó á su cocinero inmediatamente y mandó que la pusieran en estofado, con lo cual pagó su imprevisión la infelíz.

No sabemos detalles del triste fin de Blanca. Lo que si nos consta es que el monarca supo más tarde que el perro había cooperado á la realización de tan señalado servicio, y después de llamarle á su presencia y condecorarle con la Gran Cruz de Carlos III, le nombró jefe de policía de aquel territorio.



JUAN PEREZ ZÚÑIGA

(Dibujos de F. Verdugo)



EL TIE DE LAS CINCO

BUSCAR LIEBRES EN CAMA DE GALGOS

por GASCON



1. ¿De dónde sacaría yo un duro para pasar regularmente la noche buena?



2. No parece que he dado en el quid: Lleno este cajón con algo que pise.



3. Y lo llevo de parte de los señores de Pérez. ¿A quién se lo llevaré? A Nirela.



4. —Para el señor Nirela de parte de los señores de Pérez.
—Espere usted un momento.



5. —¡Ahora me sacará la propina! ¿Qué menos de el duro?



6. —¡Tome usted, por granujal!
—Lo que yo decía: duro y á la cabeza

OCTUBRE


1 M. Angel Custodio
2 M. Angel in Guardo
3 J. S. Gerardo, ab.
4 V. S. Franco, Asis.
5 S. S. Frodo
6 D. N. S. del Rosario
7 L. S. Augusto
8 M. Sta. Brígida
9 M. S. Dionisio
10 J. S. Franco, Borja
11 V. S. Nicasio, ob.
12 S. Ntra. S.ª Pílar
13 D. S. Eduardo
14 L. S. Calixto, p.
15 M. Sta. Teresa
16 M. S. Gilo, ob.
17 J. Sta. Eulálgia
18 V. S. Lucas, evang.
19 S. S. Pedro Alca.
20 D. S. Cancio
21 L. S. Ursula
22 M. María Salomé
23 M. S. Juan
24 J. S. Estac.
25 V. S. Crispín, mr.
26 S. S. Evaristo
27 D. S. Vicente
28 L. S. Judas Tadeo
29 M. S. Narciso, ob.
30 M. S. Claudio
31 J. S. Quintín

NOVIEMBRE

1 V. 2 TONOS SANTOS
2 Conch. difuntos
3 D. S. Arzúngul, ob.
4 L. S. Carlos
5 M. S. Zacarías
6 M. S. Severo, ob.
7 L. S. Ernesto
8 V. S. Severo
9 S. S. Teodoro, mr.
10 D. Patricio N. S.
11 L. S. Martín, ob.
12 M. S. Diego
13 M. S. Homobono
14 J. S. Serapio, mr.
15 V. S. Leopoldo
16 S. S. Edmundo
17 D. S. Anselmo
18 L. S. Odón, ab.
19 M. Sta. Isabel, reina
20 M. S. Félix
21 J. La Presentación
22 V. Sta. Cecilia, mr.
23 S. Sta. Lucrécia
24 D. Sta. Flora, mr.
25 L. S. Gonzalo, ob.
26 M. S. Pedro Alejan.
27 M. S. Balas, monje
28 J. S. Sotenes, mr.
29 V. Sta. Dominga
30 S. S. Andrés, ap.

DICIEMBRE

1 D. S. Eloy, ob.
2 L. Sta. Bibiana, mr.
3 M. S. Francisco J.
4 M. Sta. Bárbara
5 J. S. Sabas, ab.
6 V. S. Nicolás, arz.
7 S. Urbano, ob.
8 D. 2 L. CONCEPCION
9 L. Sta. Leocadia
10 M. N. Sta. Loreto
11 M. S. Dámaso, p.
12 J. S. Simón, mr.
13 V. Sta. Lucía, vg.
14 S. S. Arsénio, mr.
15 D. S. Cosme, ob.
16 L. Sta. Adelaida
17 M. S. Lázaro, ob.
18 M. N. 4.ª Esperanza
19 J. S. Nemesio
20 V. Sta. Domingo
21 S. Sta. Tomás, ap.
22 D. S. Zenón
23 L. Sta. Victoria
24 M. S. Delfín
25 M. 2 Natividad de
N. S. Jesucristo
26 J. S. Esteban
27 V. S. Juan, ap.
28 S. Sta. Inocentes
29 D. Sta. Tomás
30 L. S. Honorio
31 M. S. Silvestre, p.



Llegó mi estación querida,
la que al recuerdo convida
y al pasado nos convierte;
precursora de la muerte
y compendio de la vida.
En esas hojas que ruedan
y nuestros sueños remedan
escrita su historia veo;
livianas como el deseo
¡que pocas son las que quedan!
Aun eran verdes ayer
y convidaba al placer
su fresca y tranquila sombra;
Otoño con su poder
hizo del dosel alfombra.
Adiós, mañanas de abril
que llenásteis el pensil
de galas y de primores;
de aroma el aire sutil
y los capullos de flores.
Adiós noches del estío
ricas de luz y rocío;
adiós cantar no olvidado
de los álamos del prado
y los murmullos del río.
Ya, vuestro imperio pasó,
desnudo el árbol quedó,
son gemidos los cantares,
y en inquietud se trocó
la calma de los hogares.
Nubladas sus alegrías
mira tu patria hace días,
y ¿quién, cercano el invierno,
no piensa en las almas frías
donde el dolor es eterno?

MANUEL DEL PALACIO

OTOÑO

REGALO DE REYES



EMPUJADOS por el frío y por la nieve que comenzaba á descender, llegaron Pepín y Marujilla á la casa de sus padres.

Con el apetito propio de estómagos de cuatro y cinco años, devoraron los pedazos de pan, ni muy tierno ni muy blanco, que su madre les dió: y luego, como ya era entrada la noche, los muchachuelos buscaron el rinconcillo donde sobre un montón de paja acostumbraban á dormir.

Pero antes de que el sueño entornase aquellos infantiles párpados, Marujilla instó á Pepín para que colocase con ella uno de sus descalzados zapatos en la ventana única de la habitación, por si los Reyes Magos, al pasar aquella noche, querían regalarles dulces y juguetes bonitos, como los que el año anterior regalaron al hijo de unos señores que vivían allí cerca.

Y los ebiquitines, después de colocar en la ventana sus rotos zapatos, se arrebujaron entre la paja que formaba su lecho y entre los harapos que les servían de vestidos, y se durmieron, con la sonrisa en los labios, soñando que un rey muy negro con la barba muy blanca, montando un gran caballo blanco con las crines muy negras, llenaba de juguetes, de dulces y de ricos caramelos los zapatitos de Marujilla y de Pepín.

Un rayo de sol, pálido como las mejillas de los chicuelos, penetró en la estancia haciendo despertar



A los durmientes que, después de frotarse con el puño cerrado los ojos, corrieron descalzos á la ventana á registrar los zapatos.

Mas ¡oh decepción! los Reyes habían pasado sin dejar para aquellos niños juguetes ni dulces; y Ma-

rojilla y Pepín solo encontraron en un zapato, una navaja de ancha y afilada hoja, manchada en sangre hasta el puño.

Durante la noche, el padre de aquellas criaturitas con el cerebro trastornado por el alcohol y la razón oscurecida por infundados celos había abierto en el pecho de su infeliz esposa ancha y mortal herida.

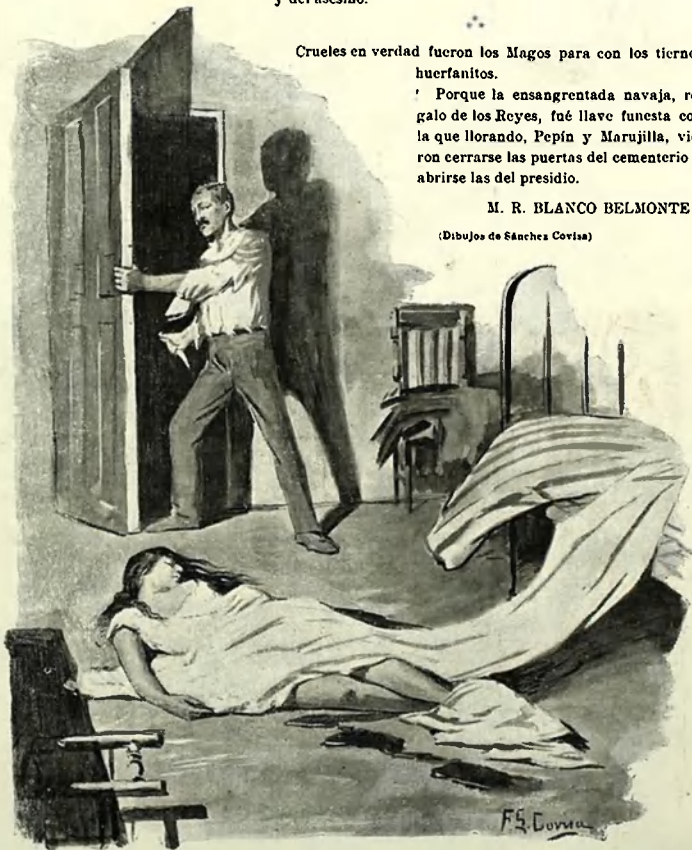
Y el azar hizo que el instrumento del crimen cayese en un zapato de los inocentes hijos de la víctima y del asesino.


Crueles en verdad fueron los Magos para con los tiernos huerfanitos.

Porque la ensangrentada navaja, regalo de los Reyes, fué llave funesta con la que llorando, Pepín y Marujilla, vieron cerrarse las puertas del cementerio y abrirse las del presidio.

M. R. BLANCO BELMONTE

(Dibujos de Sánchez Covisa)



A decorative border made of stylized, symmetrical floral and leaf motifs, framing the central text. The motifs are intricate, with long, flowing lines and detailed petal shapes.

IRIS

REVISTA SEMANAL EN COLORES

Artículos cuentos y poesías;
crónicas de sucesos y del movimiento artístico;
crítica; actualidad; pasatiempos;
caricaturas é historietas; curiosidades
y demás notas varias

Planas, dobles planas y grabados en color
y en claro-oscuro; fotografías
de actualidades

Todos los trabajos son absolutamente inéditos

*Gran circulación en España
y la América latina*

Número: 25 céntimos

BARCELONA: PLAZA DE TETUÁN, 50